INDICE.

CAPITULO XVIII. Rompimiento entre Magencio y Constantino.—Importancia de esta guerra.—Cruz luminosa en el cielo.—El Labarum.—Conversion de Constantino y su familia.—Victorias de Constantino.—Derrota y muerte de Magencio á las puertas de Roma.—Triunfo de Constantino.—Sus edictos en favor de los cristianos.—El papa Silvestre en el palacio de Letran.—Fundacion de San Juan de Letran, la primera iglesia de la cristiandad.—Arco de Constantino en Roma.—Estatua de Constantino con el Labarum en la mano.—Maximino forzado á hacer cesar la persecucion en sus Estados.—Fin de la persecucion de Diocleciano.—Entrevista de Constantino y Licinio en Milan.—Casamiento de Licinio con Constancia, hermana de aquel. 243

CAPITULO XIX. La justicia de Dios sobre los perseguidores de la Iglesia.—Muerte dolorosa de Diocleciano á consecuencia de sus pesares.—Maximino ataca á Licinio.—Es vencido y muere horriblemente. Licinio ostermina su familia.—Muerte de Prisca y Valeria, esposa é hija de Diocleciano.—Constantino y Licinio se dividen el imperio.—Licinio comienza una persecucion contra los cristianos; primero artificiosa, despues claramente.—Mártires en el Ponto y en Egipto.—Mártires de Sebaste.—Guerra entre Constantino y Licinio.—Victorias de Constantino.—Constantino entra en Nicomedia, donde habia comenzado la persecucion de la Iglesia, y es reconocido por único emperador.—Muerte de Licinio.—Traslacion de la corte á Constantinopla.—Donacion de Roma al papa.—Triunfo completo del cristianismo. . . . 253

CAPITULO XX. Conclusion. 260

LA RELIGION

CONSIDERADA COMO LA BASE DE LA CIVILIZACION.

§ 1.

Dijimos en el prospecto de nuestra revista, que la religion será considerada en ella como el primer elemento civilizador, y al consagrar hoy algunos artículos al exámen de esta importante cuestion, no hacemos mas que consignar en nuestras páginas esta verdad social. En efecto, por mas que la religion sea considerada en habilillas de hombres ineptos, ya por plumas de escritores adocenados como un resorte ya gastado y añejo que casi está de sobra en la nueva organizacion social que se sueña establecer, ella es sin embargo la primera piedra de todo el edificio, como hemos tenido lugar de manifestarlo en los números de nuestra pasada *Revista*, y tendremos aún ocasion de demostrarlo en el decurso de nuestros trabajos. A cada momento, á cada paso, así en los individuos como en las masas, así en público como privadamente, se nos ofrece ocasion para tocar esta verdad evidente, necesaria, indefectible, porque en el órden moral la idea de Dios es inseparable de la idea del hombre y de la de sociedad. Si separamos á Dios del individuo, quedará este ser moral sin orígen, sin guía, sin objeto; será el mas imperfecto, el mas monstruoso de los séres, arrojado al mundo como un destello inútil de racionalidad, esclavo miserable de la materia y de sus bajas propensiones, ignorante de su principio y de su destino, y devorando al acaso con algunos momentos de placer, las amarguras, el fastidio y la triste necesidad de sumergirse muy pronto en la noche horrorosa del sepulcro. Mas repugnante, mas aterradora es todavía la idea de sociedad si la separamos de la de Dios, único autor de ella. Entonces, sin encontrar la sancion de aquellos deberes que contienen á una multitud de hombres hacinados para no devorarse unos á otros, no podemos buscar el orígen de la ley sino en el mas audaz y en el mas fuerte, y vagando por entre un laberinto confuso de teorías incompletas é inaplicables, tan faltas de base como de principio, la sociedad no será mas que un informe simulacro colocado sobre un terreno resbaladizo y pronto á desplomarse al primer soplo de la ardiente ambicion, ó al primer golpe de la feroz demagogia.

No hacemos mas que indicar estas ideas, que necesitan mas estenso desarrollo, para manifestar la razon que hemos tenido en cimentar sobre la verdad religiosa todo el edificio de la civilizacion. Y si ella es esencialmente necesaria para la formacion de la sociedad, no lo es menos su influencia eficaz y sensible en todos los resultados de aquella, que son otros tantos beneficios que nos proporciona el estado social. Ambas calidades de religioso y de social no son invencion humana, son inseparables de la naturaleza del hombre; la primera marca las relaciones interiores y esteriores de la criatura racional con el Criador; la segunda señala las relaciones indispensables de las criaturas entre sí, que las une íntimamente porque así lo dispuso el Criador, y la civilizacion no es mas que la espresion, el resultado de la perfeccion de estas relaciones hasta el punto de que es susceptible le

fragilidad y la inconstancia humana.

Todos los adelantos, pues, que en el órden moral tienden á perfeccionar unas y otras relaciones entran, en primer lugar en el círculo de la civilizacion, y ellas serán el objeto primario de todas nuestras tareas. Los adelantos que en el órden material y sensible tienden tambien á la perfectibilidad del espíritu humano, entran asimismo en el ancho círculo de la civilizacion, pero no tan directamente, y ocupan el segundo lugar, por cuanto el órden moral es mas noble, mas importante que el órden físico: no desdeñaremos, pues, esta clase de adelantos, cuando su importancia marque una época ó una revolucion ventajosa en la marcha del espíritu humano; pero en todo caso no debemos considerar sino como accesorio todo lo que no sea Dios, el hombre y la sociedad.

§ II.

Hemos dicho que la influencia de la religion se nos presenta eficaz y sensible en los resultados ó sea en los beneficios de la sociedad. En vano una filosofía de orgullo ha pretendido subsistir nuevos lazos para hermanar los hombres entre sí, buscando en la sola razon de la conveniencia ó del órden un móvil tan poderoso como la caridad para obrar los prodigios de la beneficencia y los sacrificios del desprendimiento. Se ha querido negar á Dios el orgíen de nuestros deberes de hacer bien, cuando de él únicamente tenemos la idea del bien, y él es nuestro bienhechor soberano. No puede pues ponerse al hombre motivo mas poderoso para ser benéfico que el mandato espreso de Dios para que lo sea, y para que esplote en gloria de él y en favor de sus semejantes este dulce é insofocable sentimiento de que se reconoce revestido. La religion es pues esencialmente benéfica, y la que mas sólida y estensamente establece la primera virtud de toda civilizacion, que es la beneficencia.

Esta virtud la vemos indefinidamente desarrollada en los beneficios inmensos que el cristianismo ha hecho y está haciendo todavía á la humanidad. Su fundador divino pasó por el mundo *haciendo bien*, y fundando la mas amplia beneficencia sobre el precepto del *amor*, formó de toda la humanidad una sola familia de hermanos, uniendo así maravillosamente el amor de Dios con el amor del hombre. Este precepto, prescindiendo aun de las miras sobrenaturales que tuvo Jesucristo en instituirle para hacernos partícipes de su gloria y de su inmortalidad, constituye el primer sentimiento social sobre bases indestructibles, y sofoca con la fuerza del deber y de la gratitud todas las pasiones de ódio esencialmente contrarias á la conservacion y al objeto de toda sociedad. (*Continuará.*)

SÍ Ó NO.

Cap. I.

UNA CASA DE CAMPO.

A alguna distancia de Munich se elevaba una casita de campo como la que suele forjar la imaginacion de un jóven de diez y ocho años, cuando sueña en una felicidad completa y no interrumpida al lado de una esposa adorada. No faltaba en ella ni la calle de álamos blancos, ni las celosías de color verde á que tan aficionados eran Goethe y J. J. Rousseau, ni las bandadas de palomas en las praderas inmediatas, en el tejado y al frente de la puerta. A esta puerta llamó un hombre de edad de unos treinta años, á tiempo que aproximándose el sol hácia su ocaso, reflejaban su deslumbradores rayos en las vidrieras de los balcones, que parecian chapas enormes de diamantes y zafiros. Apenas resonó en el edificio el ruido producido por la aldaba que servía de llamador, salió á abrir una muger de mediana edad, rubia, y que aun cuando habia pasado ya de la primera juventud, conservaba todavía una belleza pura, regular y encantadora, la cual se apresuró á introducir en las habitaciones á recien llegado.

¡Picaruelo! . . . le dijo, ¿qué ha sido

de vos en estos seis meses? . . . ¿Cómo es que amándoos mi marido con tanta ternura y participando yo tambien de ese mismo afecto, dejáis transcurrir tanto tiempo sin atravesar la corta distancia que separa á Munich de nuestra casa de campo? . . . Mas os encuentro pálido. . . . ¿habeis estado enfermo? . . . . os aflije algun pesar? . . . En este caso ese era un motivo mas para venir á ver á vuestros amigos, ocupar un sitio en su hogar, sentarse á su mesa, descansar bajo su techo, y estrechar sus manos entre las vuestras. Sentaos, Félix, y mil gracias por vuestra visita; aunque un poco tardía, la recibimos con la mayor complacencia.

Tomó asiento Félix, se enjugó el sudor que corria por su frente, aunque la tarde era una de las mas frescas de otoño, lo cual probaba que sin que él se apercibiese la agitacion de su espíritu habia comunicado un impulso rápido á su marcha. Despues dirigió sus miradas en derredor suyo, hasta que por último las fijó en la dueña de la casa, que se hallaba ocupada en preparar con sus pequeñas y blancas manos una magnífica y apetitosa empanada, cuya dorada corteza matizada con algunas manchas de un color mas oscuro se asemejaba al mas hermoso mármol de Manhesin. Suspiró, se sonrió, y recobrando poco á poco la serenidad su ceñuda y melancólica frente, quedó apacible y brilló en ella un rayo de fé y de esperanza. La vista de aquella noble y encantadora criatura, su tranquilo y angelical semblante, y la gracia de sus menores movimientos, hacian una profunda impresion en su corazon y le llenaban de felicidad y de veneracion.

¡Es tan linda! . . . ¡y será ademas tan buena! . . . esclamó, y al volverse hácia Félix la graciosa cocinera para preguntarle qué significaban aquellas palabras, se oyó á la puerta el ladrido de un perro, y una voz sonora y alegre que decia:

—Abre, María, abre, que no vengo solo.

Corrió María á abrir, y entró su esposo con un estrangero que se apoyaba en su brazo, y que al parecer estaba herido. Y como se ponia pálida y se asustaba,

—No tengas cuidado, amada María, añadió dando al mismo tiempo un beso á su esposa en su frente blanca y pura: no tengas cuidado, la herida de este caballero no es de gravedad: se ha lastimado una pierna al trepar por un peñasco.

—Y al caer por un precipicio en el cual hubiera perecido, si no hubiéseis espuesto vuestra vida para sacarme de él, dijo el desconocido, que podria tener unos cincuenta años, y á quien los disgustos y fatigas habian envejecido mas bien que la edad; porque el dueño de la casa, aunque no era jóven, poseia una lozanía de que no se encontraba ningun vestigio en el estrangero. María miró á Jorge con los ojos humedecidos por las lágrimas que la hacia verter su admiracion, y se puso á curar la herida de su nuevo huésped, que en efecto era mucho mas dolorosa que grave.

—Necesitaréis cinco ó seis dias de completo reposo, dijo cuando concluyó aquella operacion con la destreza de un hábil cirujano, y permanecerèis aquí todo este tiempo, pues así lo exijo con mi autoridad de médico. Despues veremos cuántos dias os dignais conceder á vuestros amigos, porque espero mereceremos obtener de vos este título.

—Ya le teneis, contestó: sí, ya le habeis adquirido! . . . ¡y sin embargo, la amistad es una cosa en que no creo mas que en la felicidad! . . .

—¡Ah! no digais esas cosas en un sitio en donde reinan la felicidad y la amistad, repuso ella poniéndose el dedo en los labios. Como médico os prohibo tambien los pensamientos tristes y amargos. Sentémonos á la mesa, pues van á servirnos la cena. Vamos, Jorge, vamos, Félix, vamos, caballero...

—Coronel Darnheim, replicó el estrangero.

María le saludó, ofreció su brazo al

herido y le condujo hácia la mesa, en donde le preparó un asiento cómodo, colocando una banqueta debajo de la pierna, y asegurándose bien de que de aquella manera no sufriria dolor alguno.

Sirviose la cena, en la que todos comieron con apetito, y levantada la mesa, se sentaron junto á una chimenea, en la que ardia buena leña de pino, que alegraba la vista y daba un calor suave; y luego María presentó pipas á Félix, su marido y el coronel. La conversacion en un principio indiferente, tomó en breve un carácter de confianza é intimidad, que hizo decir á Félix:

—Voy á pediros un consejo, amigos mios; la esperiencia del coronel no me será inútil, y espero que no me faltará en las circunstancias en que me encuentro. Al lado de la casa de mi madre vive una jóven rubia como vuestra esposa, Jorge, y como ella hermosa, amable y laboriosa: mi madre desearia que me casase con ella, y mi corazon se inclina á ello. . . . Mas por otra parte mi anciano tio Burstadt me repite á cada momento que es una locura contraer matrimonio con una jóven sin bienes de fortuna. ¿Qué debo, pues, hacer? . . . ¿qué consejo me dais en esta dura alternativa? . . .

María, que tenia entre sus manos las de Jorge, iba á responder, cuando el coronel tomó la palabra y dijo:

—Yo soy soltero, y permaneceré así toda mi vida: lo que me ha decidido á tomar esta resolucion es una aventura acaecida á uno de mis amigos, la cual os voy á referir, escuchad:

En el otoño de 1782, el cirujano Luis Thevenet, de Calais, recibió una carta sin firma, en la que se le invitaba á que al dia siguiente se trasladase á una quinta, situada á corta distancia del camino de Paris, llevando consigo todos los instrumentos necesarios para hacer una amputacion. Thevenet estaba reputado en aquella época como el hombre mas sobresaliente en su arte, y con mucha frecuencia recurrian á su habilidad y esperiencia, hasta de la misma Inglaterra. Habia estado largo tiempo en el ejército y habia adquirido en cierto modo unas maneras bruscas; mas sin embargo, merced á su natural bondad, no podia menos de apreciársele. Thevenet se quedó sorprendido al encontrarse con aquel anónimo: el tiempo, el sitio, la hora, todo se hallaba marcado en él; nada se habia olvidado, pero faltaba la firma. Sin duda, dijo para sí, alguno quiere divertirse conmigo haciéndome pasear; y no fué.

Pasados tres dias, recibió una nueva invitacion mas apremiante, y en ella le prevenian que al dia siguiente á las nueve pararia á la puerta de su casa un carruage para conducirle. Efectivamente, á la hora prefijada llegó un elegante birlocho. Thevenet subió en él, y cuando ya estaba fuera de las puertas de la ciudad:

—¿A dónde me llevais? preguntó al cochero.

—*Things unknown to me: I am not concerned for*, que quiere decir: *No sé nada, no puedo decíroslo*

El carruage se detuvo á la puerta de una casa de campo aislada.

¿En dónde me encuentro?... ¿á quién pertencce esta casa...? ¿quién la habita?... ¿quién se halla enfermo aquí?..... preguntó Thevenet al cochero antes de echar pié á tierra. Pero recibió la misma contestacion, y antes de que el cirujano pudiese adelantar mas, salió á recibirle hasta el umbral de la puerta un jóven de veinte y ocho años poco mas ó menos, el cual le condujo á un salon. En el acento se conocia que era inglés; Thevenet comenzó la conversacion:

—¿Sois vos quien me ha llamado? le dijo.

—Agradezco mucho vuestra complacencia, le respondió el inglés. ¿No quereis descansar?... Tomad alguna cosa antes de emprender la operacion; aquí teneis café, chocolate y vino.

—Veamos primero al enfermo, caballero. Necesito examinar el mal para convencerme si no hay otro remedio que la amputacion.

—No es tan urgente, caballero Thevenet; tomad asiento. Tengo confianza en vos; escuchadme. Este bolsillo contiene cien guineas, vuestro es; y si teneis acierto no se limitará á esto mi reconocimiento; pero si os negais á ello... mirad estas dos pistolas... que me lleve el demonio si no las disparo contra vos...

—Vuestras pistolas, caballero, no me asustan; pero ¿qué me quereis... Contestadme, os ruego, sin preámbulos ¿á qué he venido aquí?

—Vais á cortarme la pierna derecha.

—Con toda mi alma, caballero, y la cabeza si gustais. Pero si no me engaño, vuestra pierna se halla perfectamente sana; me habeis precedido por la escalera mas listo que un volatinero. ¿Qué es lo que constituye el mal de vuestra pierna?

—Nada, sino que deseo desembarazarme de ella.

—¿Estais loco?...

—No os inquiete eso, caballero Thevenet.

—¿Pues qué pecado ha cometido esa pierna?

—Ninguno... ¿pero estais dispuesto á contrariarme?

—No os conozco, caballero; dadme pruebas de que os hallais en vuestro sano juicio; testigos...

—Quereis cortarme la pierna, caballero Thevenet?

—Si me dais razones sólidas para mutilaros, sí señor, al momento.

—No puedo deciros la verdad... tal vez algun dia... pero apuesto, caballero, apuesto á que entonces convendreis en que tenia los mas nobles motivos para privarme de esta pierna.

—Yo no apuesto, si no me decís vuestro nombre, vuestra familia y vuestra ocupacion.

—Todo eso lo sabreis mas tarde: por ahora no puede ser; pero reputadme como hombre de honor.

—Un hombre de honor no amenaza á su médico con una pistola; tengo deberes que cumplir con vos, aunque me seais desconocido, y no os mutilaré sin necesidad. ¿Deseais ser el asesino de un padre de familia que no os ha hecho ningun daño? tomad: disparad.

—Bien, caballero Thevenet, repuso el inglés tomando una pistola; yo no os haré fuego; pero sin embargo, os obligaré á que me amputeis la pierna. Lo que no haríais por complacerme, ni por interés, ni por temor de una bala, lo vais á hacer por compasion.

—Cómo!...

—Voy á romperme la pierna de un tiro, á vuestra misma vista. El inglés se sentó, tomó la pistola, y aplicó la boca del cañon á su rodilla. Thevenet iba á detenerle, pero aquel le dijo:

—No os acerqueis, ó disparo. Escuchad una palabra: ¿quereis aumentar y prolongar inútilmente mis padecimientos?...

—Sois un loco, caballero, pero cúmplase vuestra voluntad: voy á cortaros esa condenada pierna.

Bien pronto quedó todo dispuesto para la operacion: en el momento de principiarla, el inglés encendió una pipa, y hubiera podido jurarse que no sabia lo que pasaba: no dijo una palabra; la pierna estaba ya sobre el pavimento, y seguia fumando. Thevenet concluyó la amputacion como excelente maestro, y el enfermo se encontró muy aliviado al cabo de poco tiempo. Cada dia apreciaba mas á su médico, y con lágrimas en los ojos le daba gracias por haberle desembarazado de su pierna. Cuando se halló en disposicion, emprendió el camino de Inglaterra.

—Cerca de cinco meses despues de su partida, Mr. Thevenet recibió la carta siguiente:

"Os incluyo, como prueba de mi reconocimiento, una letra de doscientas güineas, contra Mr. Panchand, banquero de Paris. Me habeis hecho el mas dichoso de los mortales, privándome de un miembro que era un obstáculo para mi felicidad sobre la tierra. Ahora ya puedo daros á conocer las causas de mi estravagante pretension, ó de mi locura, como vos la llamabais. No hace mucho tiempo sosteníais que no habia

motivo racional que alegar para una mutilacion como la mia: entonces os propuse una apuesta: si hubiéseis aceptado, habriais perdido. A mi regreso por segunda vez de la India Oriental, conocí á Emilia Harley, la mas amable de las mugeres. Su fortuna y su familia convenian admirablemente á mis padres; á mí bastaba su hermosura, y su dulzura celestial. Me mezclé entre la multitud de sus adoradores, y ¡ay! mi querido Thevenet, fuí bien pronto demasiado afortunado para ser el mas desgraciado de mis rivales: me amaba, no lo ocultaba, y precisamente por este amor, me rechazaba. En vano le suplicaba, en vano tambien sus parientes y amigos intercedian por mí: permanecia siempre inflexible.

"Por largo tiempo me fué imposible descubrir la causa de aquella aversion á formar su enlace conmigo, á pesar de que me amaba con delirio. Por fin una de sus hermanas me descubrió aquel misterio. Miss Harley era un prodigio de hermosura, pero tenia un defecto natural. . . . no tenia mas que una pierna, y temia que algun dia llegase á despreciarla. Adopto desde luego mi partido, quise asemejarme á ella y gracias á vos, caballero Thevenet, lo he conseguido. Volví á Londres con una pierna de madera, y mi primer cuidado fué ir á visitar á Miss Harley. Ya la habian advertido, y yo mismo la escribí al dejar la Inglaterra, que me habia roto la pierna á consecuencia de una caida del caballo, y que tal vez tendrian que cortármela. Emilia se puso muy triste cuando me vió por primera vez, y durante algun tiempo estuvo inconsolable; pero en la actualidad es mi esposa.

"Al siguiente dia de nuestra boda, la confié el secreto del sacrificio que su posesion me habia costado, y por ello me ama con la mayor ternura. ¡Oh intrépido y generoso Thevenet, que no tuviese todavía diez piernas que perder! . . . me las haria cortar para ofrecérselas á Emilia. Mientras viva, me acordaré de vos. Venid á Londres; venid á acompañarnos y á conocer á mi muger, y entonces me direis si estaba loco.

"CARLOS TEMPLE."

Thevenet divulgó entre sus amigos la anécdota y la carta que habia recibido: se reia de ella á carcajadas, y cada vez que la referia esclamaba, ¡qué loco?... Contestó de este modo á la carta del inglés.

"Os doy gracias, caballero, por vuestro regalo: debo llamarle así, porque no puedo considerarlo como pago de mi trabajo. Mil felicidades con vuestra amable inglesa!... Mas me parece que es en verdad demasiado cambiar una pierna por una muger, aunque sea la mas hermosa: con todo, no es mucho, si por fin de cuentas no se sale engañado en el cambio. Adan pagó con una de sus costillas la posesion de su muger.

"Sin embargo, aun á riesgo de desagradaros, mi observacion subsiste: tal vez tendreis razon en el dia: pero mañana....aguardaremos.... cuidado, caballero, temo mucho que dentro de dos años no os arrepintais de haber separado vuestra pierna de la rodilla: entonces conocereis que unidas se encontraban perfectamente. Al cabo de tres años convendreis en que la pérdida del pie hubiera sido suficiente: un año mas tarde estareis plenamente convencido de que era bastante sacrificar el dedo grueso, y un poco mas adelante, ¡quién sabe si os parecerá demasiado el dedo pequeño?.... Dios quiera que concluido el sesto no esteis de acuerdo conmigo en que hubiera valido mas que me hubiese contentado con cortaros solo las uñas!.... Que por lo que digo aqui, no se ofenda vuestra graciosa esposa: las mugeres pueden conservar intactas su hermosura y su virtud, como los hombres sus opiniones. Me acuerdo que en mi juventud rogaba con frecuencia á Dios por la vida de mi amada; pero no le habria sacrificado una pierna, y si lo hubiese hecho, todavia diria: "Thevenet, estabas loco." Tengo el honor de ser vuestro servidor.

"THEVENET."

En 1793, Thevenet, que acababa de ver prender á un joven cirujano contra quien se habian concebido sospechas de ser aristócrata, se refugió en Lóndres para poner su cabeza á cubierto de la cuchilla niveladora de la guillotina. Fuese por curiosidad, ó por cualquier otro motivo, preguntó un dia por sir Cárlos Temple, y le enseñaron su habitacion. Se hizo anunciar, y le introdujeron en ella. En un sillon colocado junto á la chimenea, estaba sentado el gentleman, con una botella que contenia un licor espumoso, y veinte periódicos á su lado.

—Celebro mucho veros, caballero Thevenet, esclamó el inglés, que era el mismo sir Cárlos Temple. Disimuladme el que permanezca sentado, porque esta maldita pierna me impide....Probablemente venís á ver si teníais razon...

—Vengo fugitivo á buscar un asilo en Inglaterra.

—Bien, os alojareis en mi casa, porque en verdad sois un hombre de un juicio escelente y exacto, y me consolareis. Mirad, si no fuese por esta maldita pierna, tal vez en el dia seria admirante. Estaba leyendo los periódicos, y me lleva el demonio por no poder tomar parte en los negocios. Venid y consoladme.

—Vuestra esposa sabrá consolaros mucho mejor que yo.

—No, no: como su pierna de madera la impide bailar, se ha aficionado al juego. No la necesito, aunque por lo demas es una muger excelente y quizá la mejor del mundo.

—¿Con que yo tenia razon?....

—Sí, á fé mia, querido Thevenet, pero dejemos eso. Confieso aqui para entre nosotros que he hecho una necedad. Si pudiese recobrar mi pierna, no me cortaria ni aun las uñas por mistriss Temple. Estaba loco; pero conservad este secreto y no le descubrais á nadie.

—Ya no me casaré con mi hermosa vecina dijo Félix suspirando, despues que el coronel concluyó su historia; el cual volvió á tomar su pipa, la encendió, y comenzó á fumar.

Entonces Jorge dejó su pipa sobre la mesa, y se espresó así:

—Antes de adoptar una resolucion tan grave, mi querido Félix, es necesario examinar el pro y el contra. La historia del coronel es seguramente terrible y fatal; pero permitidme que os refiera otra, que quizá os hará aceptar con gusto las proposiciones de nuestra madre. Oid.

—Ya es demasiado tarde para dar principio á esa historia, dijo María; es preciso que nuestro huesped descanse, y Félix tiene que volverse á la ciudad. Si tu narracion es interesante para él, puede venir mañana á escucharla.

Todos quedaron convencidos con las razones de la bondadosa y bella María. Félix regresó á Munich. Jorge condujo al coronel á la habitacion que se le habia preparado, y los esposos se retiraron á la suya. (*S. C.*)

FILOSOFOS Y REFORMADORES.

FILOSOFOS.

MONTAIGNE.--Miguel, señor de Montaigne, célebre moralista, nació en 1533 en el castillo de este nombre, en Perigord, de una familia originaria de Inglaterra. Su padre le dió por preceptor á un aleman que no hablaba mas que latin, de manera que á los seis años el niño sabia el idioma de Tácito; el griego lo aprendió jugando. Su padre dispuso á los que le rodeaban que despertasen al niño todas las mañanas al sonido de una música dulce, á fin de que no adquiriese un carácter áspero. A los seis años pasó al colegio Guiena en Burdeos, y estudió bajo la direccion de los maestros mas ilustres de la época, y á los trece años salió despues de haber terminado todos sus estudios. Enemigo de la guerra, rehusó seguir la carrera militar prefiriendo estudiar la legislacion indigesta de sus contemporáneos; en su consecuencia obtuvo en 1554 el empleo de consejero en el par-

lamento de Burdeos, y supo hacerse estimar de todos sus cofrades, asi como del célebre canciller de L'Hopital. Otro de sus cofrades, La Boetié, debia unir su nombre al de Montaigne por una cadena indestructible; se querian antes de haberse conocido. Amaba tambien á su esposa, aun cuando su corazon habia tomado poca parte en este enlace, y por último conservó siempre hácia su padre el mas tierno respeto y el mejor recuerdo. Las agitaciones políticos le confinarán á su posesion, donde prometió no ocuparse de nada; pero era necesario un alimento á su espíritu, verdadero *caballo de bocado*, como el le llamaba, y á los veinte y tres años comenzó sus *Ensayos*, aquel *libro de buena fé*, cuya primera edicion apareció en 1580. En seguida recorrió la Francia, la Inglaterra, la Suiza, la Alemania, la Italia, como observador y filosófo. Afligido por el mal de piedra y por dolores de entrañas, contrariado por los sufrimientos, rechazaba los socorros de la medicina en la cual no tenia ninguna fé. Afectado por una angina mortal, y sintiendo llegar su última hora, mandó decir la misa en su mismo aposento, y en el instante de la elevacion, habiéndose incorporado como pudo sobre su lecho, con las manos cruzadas, espiró en este acto de piedad en 1592 á la edad de sesenta años, respondiendo así de antemano á Naigeon y á todos aquellos que debian acusarle un dia de no creer en Dios ni en la inmortalidad del alma.

Pascal.—Blas Pascal nació el 19 de Junio de 1623: reveló desde su infancia una inteligencia superior, y si ha de creerse á lo que dicen de él los libros, á la edad de doce años habia hecho un pequeño tratado sobre la teoría del sonido, y poco despues le hallan en su aposento ocupado en trazar figuras geométricas, y dándose cuenta á su manera de la relacion de estas figuras entre sí.

A los diez y seis años hizo Pascal un *Tratado de las secciones cónicas*, y entónces los sábios comienzan á admirarse sériamente. No estamos en el caso de hacer ver la historia de los descubrimientos de Pascal, ni de apreciar el método filosófico que pareció conducirle, á estos descubrimientos pues, otros se han encargado antes de este trabajo; y observemos únicamente que lo que se nota en sus trabajos es un espíritu de precision y de exactitud que tal vez le hubiera impedido abrazar las ciencias en toda su generalidad. Pero bien pronto se presenta otro hombre en la escena de la vida, porque educado en los principios de una religion austera se unió á los gefes del partido jansenista y abrazó con ardor su causa.

Pascal habia tenido desde su infancia una salud muy débil; pasó la mayor parte de su vida entre padecimientos, y en 1647 fué atacado de una especie de paralisis que le privó casi enteramente del uso de sus piernas: en 1654, estuvo muy espuesto á perecer cerca del puente de Neuilly, por haberse desbocado los caballos de su carruaje, y desde aquel instante se dice que siempre creia ver á su lado el borde de un precipicio. Desde entonces pasó su vida en el retiro, entregado á los ejercicios de una piedad exaltada. Murió en 1662, á los treinta y nueve años de su edad. Bossuet ha dado una edicion completa de las obras de Pascal.

(*Continuará.*)

MOSAICO.—La humildad es una virtud que poseen pocas personas y que la practican menos; pero todo el mundo la encarece y recomienda á los demas; el amo la exige en su criado, el hombre rico en el pobre, &c.

Yo creo puede seguirse esta regla respecto de las bromas; la broma es aceptable en tanto que al que se dirige, contesta suficientemente acorde para estar satisfecho de sí mismo; pero desde el momento en que ocasiona la mas leve turbacion se hace pesada.

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE DE LA CIVILIZACION.
ARTICULO I.

(CONCLUYE.)

La Religion es tolerante, es sufrida como la caridad que es su primera virtud. No porque sufra que bajo su nombre germine y se propague el error, pues entónces es indiferencia ó hipocresía, sino porque prescribiendo la indulgencia de los defectos y miserias humanas, predicando el olvido de las ofensas y recomendando altamente la mansedumbre y la humildad de que dió el mas brillante ejemplo su fundador divino, enlaza y estrecha los vínculos de fraternidad universal así en el seno de las familias como de la sociedad, y produce con asombro aquellas virtudes pacíficas y apacibles, ya domésticas, ya sociales, que son el último y mas precioso resultado de todas las leyes de sociabilidad y el triunfo de todos los esfuerzos de la filosofía mas sublime. El olvido de sus máximas saludables trae consigo el desprecio de las leyes mas sagradas de la naturaleza, hincha al hombre de orgullo ó de fastidio, y despues de haberle puesto en pugna con todo cuanto se opone al ímpetu violento de sus apetitos y caprichos, le reduce á un estado feroz de aislamiento y misantropía, le pone en guerra con sus semejantes y consigo mismo, y presentándole como el último asilo una muerte desesperada, hace de él á un tiempo su verdugo y su víctima.

El progreso pues de las doctrinas religiosas y sociales es lo que constituye las bases de la civilizacion. Todos esos vaivenes y trastornos que parecen amenazar la existencia social, tan difíciles de analizar para el ojo superficial por el laberinto de sus complicaciones, no son otra cosa para el atento observador que la falta de accion, la decadencia, el menosprecio de los agentes civilizadores que son las ideas morales, ora consideradas en el individuo, ora en las grandes masas. Dése todo el interés que se quiera al rápido movimiento que multiplica asombrosamente la produccion material, y que improvisa esas monstruosas fortunas, al paso que se proclama de otra parte su imaginaria igualdad, como un dogma humanitario: preséntese como el último punto de prosperidad social ese refinamiento asombroso de goces y de placeres que lleva tras sí el fastidio y la corrupcion de unas clases, mientras deja otras yaciendo hambrientas en el polvo de la miseria y de la humillacion; siempre será una verdad que la civilizacion cuyo conjunto forma los puros é inocentes goces de la sociedad, descansa sobre otras bases: que no es el siglo mas feliz el que mas ruido mete con sus asombrosos adelantos materiales; y que esta misma especie de civilizacion que se aclama como último término apetecible de felicidad social, tiene tambien sus límites, mas allá de los cuales ella misma se destruye; y por un fenómeno que parece raro en el órden moral, como algunas metamórfosis que observamos en el órden físico, esa civilizacion adulterada,

sin equilibrio, se da la muerte á sí misma; y cuando con sus brillantes y audaces alas parecia tocar al cielo, aborta en sus últimas convulsiones el monstruo feroz de la barbarie; verificándose aquella sentencia de profundo significado: *corruptio optimi pessima.*

¿Y cuándo se verifica esta corrupcion que nace del fondo de la civilizacion misma? Cabalmente cuando esta civilizacion se humaniza demasiado; cuando pierde el principio incorruptible de la Religion; cuando convertida ya en enorme cadáver despues de haber llegado á su mas alto punto de robustez y de energía, se descompone en todos sus elementos secundarios por faltarle el principio animador que le daba la vida y le preservaba de la corrupcion. Entonces, obedeciendo á la ley de caducidad que preside á todas las cosas humanas, en medio de su lozanía y en el hervor mismo de su aparente vitalidad, se siente acometida de improviso de un gérmen de muerte que va corroyendo sus entrañas: adulteranse las pasiones mismas que deberian conservarla; y olvidada enteramente de su Regulador supremo la sociedad, agobiada con el peso insoportable de las exigencias desmedidas de sus miembros, agitada por la lucha intestina de ambiciones y de venganzas, siente la falta de equilibrio de los principios que la constituian, y que presagian su disolucion. La nacion quizá mas civilizada del mundo presentó este fenómeno á últimos del siglo pasado.

Pero cuando la marcha de la civilizacion reconoce por primer móvil el impulso moral y regulador que dirige todas las pasiones sociales é individuales al principal objeto de su conservacion y estabilidad; esto es, cuando las creencias religiosas é ilustradas constituyen el fondo de los sentimientos y forman la generalidad de las costumbres, entonces los progresos mas rápidos de la civilizacion no infunden ningun recelo; entónces cuanto mas se sublima el vuelo de la inteligencia, cuanto mas se engrandece el círculo de la produccion, cuanto mas se estiende y se apura el poder embelesador del genio y de las artes, tanto mas se robustece y se fortifica la sociedad, tanto mas se civiliza y adelanta hácia el término posible de perfeccion. Hasta el aparato mismo del poder que consterna y aterra cuando está dirigido por una masa corrompida que no reconoce mas derecho que la fuerza, es una garantía de proteccion y de seguridad para el imperio de la justicia, y entonces sí que no hay término definitivo para esta accion verdaderamente progresiva y civilizadora. Tal es el cuadro que ha presentado nuestra nacion en algunos de sus brillantes períodos, y tal lo presentan en el dia algunas potencias católicas del Norte de la Europa.

§ III.

¿A quién es deudora la actual Europa de la civilizacion de que se gloría? Abramos los anales de los últimos siglos; veamos cuál hubiera sido la suerte del mundo si en la inundacion de la barbarie que volcó el imperio romano la Religion no hubiese servido de arca para conservar los restos de la civilizacion; si los sabios aterrorizados no hubiesen corrido á sus asilos, salvando del furor de los invasores los monumentos preciosos de las ciencias y de las artes. Este beneficio inmenso que debe á la Religion la humanidad, es hoy dia reconocido por todo hombre pensador; y aunque la parte mas necia ó la parte mas ingrata de la generacion actual afecte desconocerlo; las ciencias mismas por el órgano de las mas sublimes inteligencias rinden este tributo de justicia al cristianismo, el cual completó por su parte sobrehumanamente la regeneracion del mundo moral que de un modo divino habia empezado Jesucristo. La dulce y sublime creencia cristiana ablandó la dureza de aquellos conquistadores, que como á enjambres de brutos derramó el septentrion sobre el mediodía, detuvo su hacha devastadora, suavizó sus agrestes costumbres, les impuso así por la austeridad de su moral como por la magestad de su culto; los transformó, por decirlo así, haciendo un mismo pueblo de vencedores y vencidos que se ha perpetuado hasta nosotros, guardando y engrandeciendo los elementos civilizadores que pudo salvar de aquel gran naufragio. No es posible decir ni concebir lo que hubiera sido el mundo, si tras la corrupcion que desplomó el imperio de los últimos Césares mezclada con la violencia salvage de la inundacion de los bárbaros, no hubiese la Religion, huyendo á la soledad, recogido bajo sus alas el sentimiento de amor y de caridad que algunos siglos ántes habia traido sobre la tierra, por el cual debian irse humanizando poco á poco aquellas generaciones derramadas como oleadas por la superficie de la Europa. ¡Quién habia de pensar que pocos siglos despues una filosofía atea ó una razon engreida de sí misma debia atribuirse esclusivamente las conquistas pacíficas del cristianismo y la regeneracion de la humanidad? Por esto la ciencia actual, queriendo vindicar la verdad y reparar en lo posible el grande escándalo de esta usurpacion filosófica, vuelve á abrir los anales de los siglos para que el presente sea un poco ménos ingrato que su predecesor á los inmensos beneficios que debe à la accion civilizadora de una Religion, que diez y ocho siglos hace se afana sin interrupcion en civilizar al mundo al través de todos los obstáculos, y que aun en el dia está dando el asombroso espectáculo de derramar con mano benéfica y con una generosidad inagotable los beneficios de la civilizacion hasta los últimos confines de la tierra. Nosotros nos proponemos registrar, descubrir á la faz del mundo estos mismos anales, esos testimonios irrecusables del poder civilizador del cristianismo, y unir nuestra débil voz al gran concierto de los sábios modernos, que le acatan como el único é inmortal principio vivificador de las sociedades humanas.

(Continuará.)

REGLAS

DE EDUCACION Y DECORO

PARA LAS SEÑORITAS.

PARTE MORAL EN LAS JÓVENES.

Cuantas habilidades adquiera una jóven bien educada, las cuales le proporcionen no solo su propia utilidad y honesto pasatiempo, sino tambien el el desempeñar dignamente en algun dia los deberes de esposa y de madre, serán desde luego un edificio sobre arena, no estando cimentadas sobre la moral. El objeto primordial de esta obra escluye de este lugar una instruccion difusa en el particular; pero exige al mismo tiempo que no se omitan ciertos consejos oportunos al bello sexo.

Si las leyes de la decencia y decoro son de absoluta y general necesidad en los hombres, mucho mas obligatorias se manifiestan en las mugeres, cuya debilidad se resiste á la menor accion que choque con la delicadeza.

Este rigor, léjos de merecer el título de tiranía, es una distincion verdaderamente honrosa, pues las supone capaces de una perfeccion superior á la de los hombres, y destinadas á ella por la naturaleza. *La virtud es mucho mas grata en un cuerpo hermoso*, segun lo cantó un célebre poeta; y ¡cuán embelesador no será el conjunto de las gracias esteriores unidas á las del alma! ¡Qué hombre resistirá á estas dos fuerzas coligadas?

No deben olvidarse las jóvenes que su mérito principal es el del alma, y que serán inútiles cuantos desvelos se tomen para sacar partido de sus gracias y habilidades, si descuidan el cultivo de aquella. Aun los hombres mas entusiastas admiradores de la hermosura la llegan á mirar con indiferencia cuando los años ó las dolencias la hacen declinar; pero conservan por necesidad un respetuoso aprecio hácia

toda muger que ha sabido ennoblecer la parte principal de sí misma con una conducta discreta y una instruccion proporcionada al lugar que ocupa en la sociedad, porque la virtud y el saber jamás envejecen. Bajo estos principios completaremos este tratado con algunos avisos sobre ciertos puntos.

ADORNOS Y CUALIDADES ESTERIORES.

En la mayor parte de las mugeres tiene un ascendiente imperioso todo lo esterior y superficial, tanto respecto á los hombres como á su propio sexo; y si se habla de una persona á quien no conocen, preguntan, lo primero, por su figura y bienes, estendiéndose rara vez el interrogatorio á otros puntos, á no ser para inquirir si su talento y carácter serian conciliables con las inclinaciones de la que pregunta, en caso de llegar á ser su esposa. De aquí se sigue que los designios de las mugeres con respecto á los hombres producen necesariamente los de éstos respecto á aquellas, pues si no exigiesen mas que el aprecio verdadero, no se atreverian los hombres á otra cosa que á merecer el suyo: su virtud será el ídolo á que rindiesen homenage, y pudieran congratularse las mugeres de ser las reformadoras de las costumbres sociales.

Debe, pues, una señorita asentar desde luego como principio para su gobierno, que los adornos del capricho y de la moda son partes subalternas del verdadero mérito, y las cualidades esteriores no mas que el marco del lienzo hermoso del alma, que es la permanente en las vicisitudes de la edad y la fortuna.

AMBICION MUGERIL.

Es ciertamente ridícula la ambicion de infinitas mugeres por obtener un reinado de tan corta duracion como el del lucimiento; haciéndose mútuamente la guerra por llevarse la atencion en la sociedad, á cuya pasion suele comunmente acompañar la preferencia que suelen dar en los hombres á los sentimientos exagerados y sujetos á mudanza sobre los justos y racionales que los discretos no consagran sino al verdadero mérito.

No pretendais, pues, sobresalir en ocasion alguna á espensas del juicio y la cordura en vuestras palabras y acciones.

Es ambicion ridícula la de querer hacer la jovial, porque semejante cualidad es toda natural, y se violenta y da á conocer cuando es hija del arte. La seriedad, si es genial, agrada todavía infinitamente mas que la jovialidad artificiosa.

Igualmente ridículo es en una muger el reirse ella sola entre personas que tienen motivo para estar serias, y mucho mas el reirse la primera de lo que ella dice, porque impide á los demas que se rian y celebren lo que ha acabado de decir, caso que lo merezca: ó les da ocasion de que se rian de ella, si ha dicho una vaciedad.

La ambicion de hacerse amable no mas que de paso, es el colmo de la necedad. No basta agradar por lo esterior, sino que contribuyan al buen porte y sanas ideas, y os grangeen elogios, mas bien relativos á vuestro mérito que á vuestra hermosura. La ligereza y el coquetismo agradan en el primer momento, y se desprecian en el inmediato.

Procurad no desvaneceros si ois alabaros de hermosas, aun cuando esto sea cierto; procurad ocuparos en corregir los defectos propios que vuestra modestia os señale, mas bien que en engreiros de las prendas que os asistan. Corrigiéndoos de aquellas, adquiriréis mas de éstas, y si os infatuais de vuestras ventajas, jamas lograreis conocer los defectos que las inutilizan.

LORD BYRON.

ARTÍCULO 1.°

§ I.

Mil veces se ha repetido, y es una verdad, que los grandes hombres, los hombres de genio, las inteligencias eminentes han dado, en cierto modo, la ley al mundo, imprimiendo en su siglo el sello de su propio carácter, y arrastrando tras sí, á manera de grandes centros de atraccion, las ideas y los sentimientos de la multitud.

Este ascendiente poderoso de los grandes talentos sobre el mundo moral, varía de naturaleza segun los paises, las épocas y las circunstancias. Hubo siglos en que la filosofía dominaba los espíritus como la pasion favorita, y lisonjeaba, por decirlo así, todo el orgullo de la sabiduría humana. Entónces aparecieron grandes filósofos, investigadores profundos de la naturaleza física y moral; y aunque la política y la poesía ocupan tambien su lugar en el ancho círculo que abrazaba la universalidad de los conocimientos; con todo, la parte inteligente de su siglo amaba el estudio y la meditacion, y para hacer prosélitos, era preciso presentarse con el aparato filosófico. Tales nos parecerán Bacon, Descartes, Newton, Leibnitz. Toda la ilustracion de los siglos XVIII y XIX no han producido hombres comparables con aquellos grandes ingenios. Mas dió el tiempo algunos pasos, y una cierta agitacion febril, que llevaba de algo mas léjos su origen, conmovió los pueblos progresivamente, fermentó en su seno el gérmen de la independencia individual, y nació la duda acerca de la legitimidad de todos los poderes humanos, y hasta del de la Divinidad. Bambolearon los cimientos mas profundos sobre los cuales estribaban la religion y la sociedad; se disputó el dominio del hombre sobre el hombre, y de este choque, de esta agitacion, de este caos, nacieron dos grandes influencias en el órden moral, dos influencias igualmente activas y trastornadoras, de índole muy diversa de la filosofía, cuya profunda calma no convenia con el carácter turbulento de la época, y estas dos grandes influencias, estas dos constelaciones que pudiera decirse presiden todavía en el mundo moral, son la política y la literatura.

No hay que dudarlo: la política ha sojuzgado la moral, de la que ántes formaba una sola parte, y la literatura en sus diversas fases ha abarcado en su seno la filosofía que ántes la habia dominado. La imaginacion ha señoreado al entendimiento y ha puesto la ley al corazon. Es tan estenso, tan absoluto este predominio, hablando en general, que las mismas ciencias sociales, la moral, la política, se han convertido en su mayor parte en bellos ensueños, caprichos brillantes, cuadros fantásticos. Como se ha querido cerrar los ojos sobre la esperiencia de los siglos, la política va divagando por una region de quimeras, y arrastra tras sí la mayor parte de las ciencias morales y sociales. La literatura, pues, que en gran parte se alimenta de lo bello ideal, debia ejercer naturalmente una influencia no ménos poderosa sobre el espíritu de la época; sobre unos hombres que, ocultando un fondo de pirronismo, se abandonan sin freno á todas las sugestiones de su imaginacion, y lo someten todo á la satisfaccion de sus necesidades del momento. Todas las ciencias del espíritu van flotando por esta region etérea dirigidas por la pasion que en el momento domina; las impresiones fuertes deciden muchas veces de los sistemas y de los principios de los hombres: las creaciones sorprendentes de la fantasía equivalen para muchos á las demostraciones del raciocinio y á los datos de la historia. Y en tal estado de fermentacion, ¡qué ascendiente

tan incalculable no ejercerá un geino intrépido, brillante, arrebatado por el frenesí de pasiones ardientes, que se lanza con una especie de furor en el raudo torbellino de las impresiones mas fuertes, de las imágenes mas aterradoras, de las situaciones mas sombrías y desesperadas!

Tal es la influencia que ha ejercido en Inglaterra y ha pasado al continente europeo el genio frenético y sublime de lord Byron. Esta influencia ha gravitado considerablemente sobre los sentimientos, ideas y opiniones. Y aunque pudiera decirse que la influencia inglesa sobre nuestra actual literatura, está representada por dos nombres casi igualmante famosos, aunque bajo aspectos distintos, á saber lord Byron y sir Walter Scott; con todo, la del genio de lord Byron presenta un carácter mas trascendental en los principios y en las maneras, mas irresistible para las almas férvidas y volcanizadas por la pasion; su influjo es mucho mas notable bajo el punto de vista moral y social, objeto primario de nuestras investigaciones, y segun el cual, siguiendo nuestro propósito, debemos considerar principalmente á los escritores, ya filósofos, ya literatos.

El espíritu entusiasta de la Francia acogió desde luego con avidez las osadas y rápidas inspiraciones del poeta británico. Traducciones innumerables las connaturalizaron desde luego en su idioma: Lóndres y Paris aguardaban con igual impaciencia las obras de Byron, y cuando aparecian, eran devoradas al mismo tiempo en las dos capitales. Estas obras, dice un escritor frances, habian acercado tanto las dos orillas separadaspor el mar, que para ellas dejaba de existir el estrecho. Y este hombre, cuya accion real y poderosa sobre las ideas de la Francia es innegable, ejerciéndola sobre los escritores de aquel pais, no dejó de ejercerla muy notablemente sobre nosotros.

Estudiar, pues, á lord Byron, no es estudiar precisamente al poeta, al literato, al autor de nuevas, caprichosas y célebres creaciones; no: su estudio interesa como el de uno de los hombres mas influyentes en nuestro siglo bajo aquel sentido que si bien poético en las formas, encierra elementos y doctrinas que interesan la moralidad del individuo, y por refraccion indispensable, el órden moral de la sociedad.

Para conocer á lord Byron, preciso es trasportarse enmedio de los acontecimientos que contribuyeron á formar su corazon y su inteligencia; porque hay momento desde el cual empiezan á madurar los sentimientos y las ideas del alma: las tempestades que braman á su al rededor cuando aquellas se hallan aún en su gérmen, el rocío que derrama en ella en su frescura, las particularidades del terreno en que se desarrolla, el calor y la tersura de los rayos del sol que la ilumina, son otras tantas circunstancias que contribuyen á modificar las impresiones que recibe, y lo que pudiéramos llamar la organizacion intelectual de esta caña que piensa, sin, empero, dominar el don supremo de la razon de que se halla dotado su espíritu independiente en esta parte de la materia, y que Dios comunicó al hombre para que fuese el árbitro de sus sensaciones, en vez de ser esclava de ellas la voluntad. En las circunstancias, pues, que rodearon la cuna de lord Byron, encontraremos una parte de las causas que ejercieron sobre su talento y sobre su conducta una accion tan considerable.

Lord Byron era vástago de una raza ilustre, que pasó de Normandía á Inglaterra con Guillermo en tiempo de la conquista.

En la repartícion que se hizo de las tierras de los vencidos, cuarenta posesiones formaron el magnífico lote que cupo á los ascendientes del poeta, entre las cuales se incluian Rochdale y Horestan, en el condado de Lancaster, y Wymondhan en el condado de Norfolk. Ademas, aquellos habian sido

siempre llamados para ocupar los destinos mas importantes del Estado. Esta raza de Byron era ya muy particularmente romántica, y en los anales primitivos de esta familia se encuentran recuerdos tales, que pudieran muy bien ponerse en paralelo con las invenciones mas maravillosas y mas dramáticas de la imaginacion del poeta, el cual añadió la nombradía de su reputacion literaria al antiguo lustre de su prosapia. Y para seguir mas naturalmente el curso de esta genealogía, digamos antes una palabra de los padres de lord Byron.

Su padre era el tipo de una especie que se pierde entre nosotros, merced á la destruccion de estas grandes existencias de holganza que se van devorando á sí mismas, ó por una espantosa disposicion, ó por el curso desalador de los siglos. Apenas queda ya en pié entre nosotros algunas de estas fortunas colosales que los siglos habian arraigado, y que, eclipsado ya casi del todo el primer rayo de gloria que presidió en su nacimiento, solo servia despues para alimentar uno de aquellos héroes prodigiosos de disolucion, una de aquellas corrupciones desmedidas que los poetas y romanceros nos han procurado delincar en los retratos de Lovelace, en la Clara Harlowe, del héroe de las *Amistades peligrosas*, y sobre todo, en ese *Don Juan*, á quien lord Byron pagó, por decirlo así, una deuda de piedad filial, consagrándole un poema. El capitan Byron, pues, se hallaba en activo servicio, se habia desposado, ó mas bien, habia robado tres mugeres célebres en el mundo aristocrático por su belleza ó por el juicio que habia presidido á su conducta, hasta el momento en que dieron con este peligroso seductor. La aventura mas escandalosa de todas fué su relaciones con la jóven marquesa Amelia de Carmathen.

Esta graciosa muger habia llevado en el seno de una felicidad tranquila una conducta irreprensible antes de haber conocido al capitan Byron. Aun despues de su caida, su marido procuró disimular toda la estension de sus faltas, llamándola otra vez á sus deberes, que mas parecia haber olvidado que desconocido. Mas el fatal ascendiente del vicio fué en ella mas poderoso que la piedad tierna é indulgente de su esposo; la marquesa rechazó la mano que se le tendia; entónces su marido la abandonó á toda la fatalidad de su destino. Un divorcio, seguido inmediatamente de un enlace entre ella y su seductor, le permitió que obedeciese á su indecorosa inclinacion. Su culpa misma se hizo su verdugo, y al cabo de dos años murió de dolor y de remordimientos, víctima de las brutalidades del hombre por quien lo habia sacrificado todo.

Insistimos sobre este carácter del padre de lord Byron, porque ha venido á ser uno de los tipos de las creaciones del poeta, y le vemos todavía dominar en nuestra literatura. Estas grandezas ficticias que se rodean de crímenes y de sangre, y quieren sin embargo presentarse como modelos de un heroismo feroz, van siempre acompañadas de aquel orgullo indomable, de aquel inflexible egoismo con que Horacio describe en tres palabras el carácter del héroe de la Iliada: *jura negat sibi nata.* Estos héroes que se quieren adornar con un atractivo funesto, prescinden siempre de todas las leyes morales y sociales, huellan con descaro hasta los vínculos mas dulces de la naturaleza. Como los fantasmas del Morven, vibran entre sombras una espada homicida, sacrifican á la pasion de su egoismo todas las pasiones bellas, y exaltando la imaginacion de fuego de las mugeres, les inspiran un vago y melancólico deseo de dejar hollar su destino por estos misterios desconocidos.

El influjo que ejercen estos caractéres abominables en el seno de la sociedad, empieza por inquietar los corazones inocentes, turbando el reposo feliz de que gustaran en el hogar tranquilo

de las familias. Empiézase á sospechar que existe una felicidad independiente de todas las consideraciones domésticas y sociales; los jóvenes se lanzan al acaso en este abismo como en un campo abierto á sus esperanzas indefinidas, y el seductor aprovecha la fatal impresion y el desasosiego que ha derramado en el fondo del corazon de una vírgen el sombrío deseo de hartarse de una felicidad inconcebible, aunque sea entre torrentes de lágrimas y tropezando con la losa de un sepulcro.

El padre de lord Byron mataba con sus vicios á las mugeres que, por la fatalidad de su destino ó por su propia flaqueza, se veian sometidas, arrastradas por su ascendiente. Muy poco tiempo despues de la dolorosa agonía de la marquesa de Carmathen, enlazó con miss Gordon de Aberdeen, noble y opulenta heredera que descendia por la línea recta de la cuarta hija de Jacobo I, rey de Escocia. No tardaron en ser vendidos sus estados, y la suma de veinte mil libras esterlinas que de ellos resultaron, se empleó, junto con el precio de la venta de ricas pesqueras, sobre el Dea, acciones de banco, sin hablar de un enorme capital en numerario, en pagar las deudas de este prodigioso disipador, que despues de haber devorado tres fortunas, murió de miseria ántes de haber cumplido cuarenta años. El niño Byron no tenia aún tres años cumplidos cuando su madre fué abandonada por este indigno marido, que despues de haberla completamente arruinado, se refugió á Francia, y vivió algun tiempo en Paris en la intimidad del viejo mariscal de Byron, que en razon de la identidad de nombre, y de su comun origen normando, le recogió como pariente. Nuevas disipaciones, nuevas deudas, nuevos acreedores le desterraron á Valenciennes, y allí fué donde el desamparo y la miseria se sentaron junto al lecho de su abandonada agonía: ¡triste y justo desenlace de una existencia egoista!

Es visto, pues, que lord Byron no pudo conocer á su padre sino por las lágrimas que habia hecho derramar á su madre, y aquí es donde va á delinearse un carácter que influyó poderosamente sobre el jóven poeta. La primera palabra que oyó fué una amarga queja. Su madre, sumida en una situacion muy cercana á la indigencia por las ruinosas locuras del capitan Byron, no poseia en su espíritu aquella grandeza que sabe elevarse sobre la adversidad por la manera con que sufre su peso. Obligada á refugiarse en las montañas de la Escocia, y arrastrar allí una vida privada de los goces de la prosperidad de que habia disfrutado en sus primeros años, no conocia el arte de reemplazar el esplendor de la opulencia con la dignidad de su comportamiento. Rebelábase contra su destino, en vez de medirle con una firme ojeada, y volvia á la fortuna injuria por injuria. Aquella boca que enseña por lo regular á los niños á bendecir, fué la que puso la primera maldicion en los labios del poeta. Su cuna fué mecida al ruido de una eterna queja contra los hombres y contra las cosas; y la primera mas poderosa de las maestras, su madre, que debiera haberle enseñado la resignacion, le enseñó la misantropía. La viuda del capitan Byron dejábase arrebatar diariamente por un furor colérico, pensando en la situacion en que se hallaba, y en aquella de que habia caido; y en estos accesos vomitaba en su lenguaje desesperado las mas injuriosas palabras, y sus manos, atormentadas por una agitacion febril, hacian pedazos todo cuanto podian alcanzar. Tal vez se reconocerá mas adelante en esta vida del capitan Byron, apareciéndose á su hijo á traves de las impaciencias y de los arrebatos de su madre, algunos rasgos del modo con que el poeta consideró despues la sociedad.

(Continuará.)

VARIEDADES.

LA RELIGION
CONSIDERADA COMO BASE
DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ I.

Si del testimonio perenne que nos ofrece la historia pasamos á la necesidad de reconocer al cristianismo por único y poderoso regulador de las grandes fuerzas que dan movimiento á la máquina social, el poder, las masas y los talentos, echaremos de ver que á él solo es dado dirigirlas con acierto y armonía para que conserven su equilibrio, fuera del cual no hay mas que trastorno y ruina.

Los dos grandes enemigos de la sociedad son la opresion y la anarquía, es decir, el despotismo de los que gobiernan y el despotismo de la multitud. Todos los imperios que se han consumido ó desplomado, reconocen una ú otra de estas dos causas destructoras de la marcha de la civilizacion, que es la verdadera vida de la sociedad. Buscad, pues, en el órden de las ideas humanas un motor bastante fuerte para contener los abusos de los poderes públicos, ora descansen en la autoridad de un hombre solo, ora obren mas ó menos repartidos entre clases ó masas subalternas. Buscad en los principios de interés individual ó de conveniencia pública un sentimiento que detenga en sus justos límites esa especie de omnipotencia humana, que haga frente á las demasías de un hombre que sabe reune en sus solas manos el supremo poder, y que á nadie ha de dar cuenta de sus acciones. El que conoce á fondo el corazon del hombre, no halla otro contrapeso á ese poder formidable que la necesidad, la conveniencia ó las circunstancias depositan á veces en una sola mano, sino la conviccion profunda de que existe un Árbitro supremo, un poder sobre todo poder que tiene ya medidos todos los destinos del hombre y que juzga á las mismas justicias, á cuya presencia todo el poder humano no es mas que un soplo, y que retribuirá á cada uno segun sus obras. Dígase lo que se quiera, supónganse virtudes ficticias por las cuales el egoismo y la natural tendencia de la dominacion contenga los abusos del poder: todas serán débiles y vacilantes garantías para el hombre que se ve reducido á sufrir sobre sí el poder de otro hombre, y desde la sencilla sociedad doméstica, hasta los grandes poderes que hacen girar bajo de sí millones de voluntades sometidas, nada habrá que contenga al superior ni que garantice al inferior acerca el abuso de la autoridad. Paliado bajo mil formas diferentes, cubierto con mil disfraces el egoismo nunca saciado, dará mil pretestos á su necesidad de dominar, de oprimir ó de engañar; y en este sentido únicamente, es como puede admitirse aquella máxima fatal destructora de toda sociedad y de toda ci-